

vo pontífice á la cabeza de las tropas y de los ciudadanos, reanimados por su noble valor, rechazó hasta el mar á los sarracenos.

**Ciudad Leonina.**—Enseguida ciñó con una doble muralla la basílica de San Pedro y el barrio del Vaticano. Fortificó también á Orta y á Ameria; juntó en la nueva ciudad de Leópolis (*Ciudad Leonina*) á los habitantes de Centumcelle (11) y estableció en Porto una colina de corsos, que juraron vivir y morir bajo el estandarte de San Pedro.

Entonces se dirigieron los sarracenos sobre Fondi, que saquearon, y de donde se llevaron en calidad de esclavos á aquellos de sus moradores que no degollaron (852). Habiendo puesto asedio á Gaeta, repelieron hasta el monte Casino á un ejército de espolitanos enviado contra ellos por Lotario; y hubiera perecido la cuna de los benedictinos si no se hubiera desbordado un torrente. Gaeta fué salvada por el valor de Cesáreo, joven hijo del cónsul Sergio, que entró en el puerto con las escuadras de Nápoles y de Amalfi, destinadas al comercio, aunque dispuestas siempre á defender la patria común.

Cargados de botín se alejaban los sarracenos, pero «en el momento en que se acercaban á Palermo, encontraron una barca donde iban dos hombres, uno vestido de clérigo y otro de monje, los cuales dijeron á los musulmanes: *¿de dónde venís y á dónde vais?—Venimos de la ciudad de Pedro, hemos saqueado su oratorio, talado el país, derrotado á los francos, quemado los conventos de San Benito. —¿Y vosotros, quiénes sois?—¿Quiénes somos? vais á saberlo al instante.* E inmediatamente estalló una furiosa tempestad que se tragó todas las naves» (12). Unos saqueaban á Luni y las costas de la Liguria; otros la Calabria, la Apulia, y penetraban en el ducado de Benevento; Luis II se puso en marcha contra ellos (850), á instancias del obispo de Capua y del abad del monte Casino; y después de haber dado muerte al emir Amalmater, hizo que le entregaran por fuerza todos los sarracenos que se hallaban en Benevento, mandando que se les cortara la cabeza. Pero mientras perdía el tiempo en restablecer la paz entre los duques de Benevento y de Salerno, los musulmanes, más osados que nunca, devastaron el Mediodía. Habiendo derribado un terremoto las murallas de Isernia, el feroz Masar, á quien se escitaba á aprovecharse de aquella coyuntura á fin de proporcionarse un fácil botín, respondió de este modo: *¡Pues qué, hallándose irritado el Señor contra esa ciudad, había yo de agravar sus males!*

Menos generosamente procedió el emperador Luis, cuando Masar cayó en sus manos, pues ordenó su suplicio; pero Soldan, más terrible aun que el otro musulmán, llegó á reforzar á Bari, de

(11) A la cual volviendo después, le dieron el nombre de Civita-Vecchia.

(12) *Mon. anon. ap. MURATORI II, 266.*

donde rechazó á todos los asaltadores: luego redujo á cenizas á Alifa, Telesia, Sepino, Boviano, Isernia, Venafro; perdonó á Benevento mediante un tributo. El monte Casino fué defendido por sus numerosos vasallos, y los benedictinos del Vulturino se rescataron al precio de tres mil monedas de oro. Saliendo Soldan de Bari con treinta y seis naves se encamina á devastar la Iliria griega, saqueando las ciudades que se habían sostenido contra los esclavos. Pero los ragusanos prolongaron tanto su resistencia, que Basilio el Macedonio envió en su socorro una escuadra, á cuya aproximación huyeron los sarracenos.

Apercibiéronse los italianos de que el único medio de purgar su territorio de la presencia del extranjero, era la unión. Luis, á petición de ellos, publicó el edicto de Neva que remitió á todos los condes, vasallos y hombres libres: «Dirijase al ejército todo el que no posea en bienes muebles el valor de su guídrigildo: defenderán los pobres las costas y las plazas fronterizas; los prebendados, condes, gastaldos saldrán con todos sus ministeriales, sin reserva ni privilegio; los obispos no dejarán detrás de sí ningún seglar; los hombres libres que se nieguen á empuñar las armas, perderán bienes y patria; los condes y vasallos, sus honores y beneficios. Acontecerá lo mismo á los condes, señores, abades y abadesas que no enviaren al ejército sus vasallos y siervos. Hagan los condes que se encierren sus gentes dentro de los castillos; lleve todo hombre de guerra consigo una armadura completa, vestidos para un año y víveres hasta la cosecha. El que robe armas ó animales domésticos pagará triple composición y será condenado al *harnescar* (13), ó al látigo si son esclavos. Pena de muerte por las fracturas, el adulterio, el incendio, el homicidio.»

Toda la Italia empuñó las armas (866); Luis se dirigió al monte Casino para pedir que las oraciones de los religiosos secundasen los esfuerzos de los ejércitos; pero primeramente se vió obligado á combatir á los campanios, con cuya fe no podía contar, y la ruina de Capua aterró á las demás ciudades. Taló el territorio de Nápoles, que con la indiferencia de una ciudad, ocupada únicamente en hacer prosperar su comercio, estaba tan llena de sarracenos como Palermo, y les suministraba armas, víveres y hasta un asilo (867). Marchando enseguida contra los musulmanes les rechazó de plaza en plaza, y les redujo á no poseer en tierra firme más que á Tarento y á Bari; mas como no llegase la flota griega que se le había prometido, se vió obligado á retroceder. Persiguéronle á su vez los sarracenos y se adelantaron

(13) A llevar una silla de montar á la espalda en presencia de todo el ejército. Los sacerdotes debían llevar un misal. *Rer. It. Scr.*, t. II, p. I, pág. 265. Es muy importante este documento para conocer la condición de las armas bajo los Carlovingios.

hasta el monasterio de San Miguel, santuario de los longobardos sobre el monte Gárgano, si bien no cesó de molestarles el ejército que había dejado Luis en la Apulia. Bari fué recuperada tres años más tarde, y Soldan solo á la generosidad de Luis debió la vida (870), que cedió á las instancias del príncipe de Benevento, el cual había respetado á la hija de Luis, teniéndola cautiva.

Luis envió entonces tropas á asediar á Tarento, estrechando al emperador Basilio á que le prestara su flota para limpiar el mar Tirreno de enemigos. Pero atribuyéndose los griegos el mérito de la victoria, que se abrogaban erradamente, según decían ellos, los bárbaros que prestaban obediencia al falso emperador de Occidente, Luis les respondió de este modo: «Es verdad que vosotros habeis hecho grandes preparativos, semejantes en número á las langostas que oscurecen el aire; pero cayendo á semejanza de éstas después de un corto vuelo, habeis abandonado el campo de batalla para despojar á los cristianos de la Esclavonia, nuestros súbditos. Nuestros guerreros eran poco numerosos, porque, cansado de esperar, les licencié, quedándose solo con lo más florido, que me sirvió para continuar el bloqueo; vencimos á los tres emires más poderosos de los sarracenos; ahuyentamos á los infieles; y si me hubierais socorrido por mar, hubiéramos recuperado la Sicilia. Acelera, pues, hermano, los socorros marítimos prometidos, respeta á tus aliados y desconfía de los aduladores.»

Considerándose Basilio como insultado por el tono de esta carta y por el título de hermano, no respondió al llamamiento que le hacia, y la expedición abortó de resultas. Habitados los francos en Italia á disgustar después de la victoria á aquellos en cuyo provecho habían vencido, irritaron hasta tal punto á los beneventinos con sus escesos, que Adelgiso, su duque, se declaró en favor de los emperadores de Oriente, quienes recuperaron á la sazón las principales ciudades de la Calabria, del Samnio y de la Lucania. Habiendo acudido Luis para impedirlo, fue hecho prisionero (14).

(14) Entonces se compuso este canto.

*Audite omnes fines terra horrore cum tristitia  
Quales scelus fuit factum Benevento civitas.  
Lhudovicum compunderunt, sancto pio Augusto.  
Beneventani se adunarunt ad unum consilium,  
Adalferio loquebatur et dicebant principi.  
Si nos eum vivum dimittemus, certe nos peribimus.  
Scelus magnum preparavit in istam provinciam,  
Regnum nostrum nobis tolli, nos habet pro nihilum.  
Plura mala nobis fecit; rectum est moriat.  
Deposuerunt sancto pio de suo palatio;  
Adalferio illum ducebat usque ad pretorium,  
Ille vero gaude visum tamquam ad martirium.  
Exierunt Sado et Saducto, inveniabant imperio;  
Et ipse sancte pius incipiebat dicere:  
Tamquam ad latronem venistis cum gladiis et fustibus.  
Fuit jam namque tempus vos allevati in omnibus,  
Modo vero surrexistis adversus me consilium,*

Estas disensiones redundaron en provecho de los sarracenos, quienes, deseosos de vengar las derrotas, enviaron desde Sicilia un inmenso ejército á Salerno y marcharon sobre Capua para socorrer á sus reanimadas colonias (872). La de Tarento recuperó á Bari. Fué recorrida la Apulia por los musulmanes; y si Nápoles, Gaeta y Amalfi no eran sus aliadas, tampoco les eran enemigas. Luis, que había recuperado su libertad, les hizo de nuevo la guerra; pero antes de morir vió á los sarracenos dueños de la Italia meridional y amenazar con incendiar á Benevento. Al verificarse la toma de Salerno, el emir Abdhila instaló su lecho sobre el altar de la iglesia de los santos Fortunato y Caya, y cada noche sacrificaba allí la virginidad de una monja, hasta el momento en que cayó sobre él una viga y le dejó muerto. Durante el asedio de Benevento, un ciudadano que se había descolgado por las murallas para pedir socorro, es cogido á la vuelta. Le hacen los árabes magníficas promesas para enganar á los suyos y terribles amenazas si se niega á ello; llegado al pié de los baluartes, grita: *¡Valor! Manteneos firmes. Os llegan libertadores. Voy á percer, y así os recomiendo mi mujer y mis hijos.* Inmediatamente fué hecho pedazos.

Acordes los musulmanes con los indígenas pudieron establecerse en la costa de la Campania (875), y Soldan, no desarmado por el perdón, apareció de nuevo más terrible que nunca. Los monasterios del monte Casino y de Vulturino, mal defendidos por oraciones y por sus vasallos, fueron entregados á las llamas. El país de los valientes sabinos nada opuso á aquellas devastadoras incursiones. Llegaron á asolar hasta las deliciosas orillas del Tívoli, hasta las sagradas riberas del Tíber, y por espacio de dos años las campiñas de Roma fueron estériles para sus aterrados habitantes.

Trató Juan VIII de despertar el valor y la compasión en el vano é inepto Carlos el Calvo, á quien escribía: «La sangre cristiana corre, y los que escapan del fuego ó del acero, son llevados esclavos á un eterno destierro. Ciudades, villas, aldeas perecen y quedan despobladas; dispersos los obispos no encuentran refugio sino en el sólio de San Pedro, abandonando sus iglesias para servir de guarí-

*Nescio pro quid causam vultis me occidere.  
Generatio crudelis veni interficere,  
Ecclesieque sanctis Dei venio diligere,  
Sanguine veni vindicare quod super terram fusus est.  
Kadidus ille tentador, ratum adque nomine  
Coronam imperii sibi in caput ponet, et dicebat populo:  
Ecces sumus imperator, possum vobis regere  
Leto animo habebat de illo quo fecerat;  
A demonio vexatur ad terram ceciderat.  
Exierunt multe turme videre mirabilia.  
Magnus Dominus Jesus Christus judicavit judicium.  
Multa gens paganorum exit in Calabria.  
Super Salerno pervenerunt, possidere civitas.  
Juvatum est ad sancti Dei reliquia  
Ipse regnum defendendum, et alium requirere.*

da á las fieras. Ha llegado verdaderamente la hora de exclamar: ¡Felices aquellas cuyas entrañas son estériles y cuyos pechos no han amamantado! ¿Quién me dará arroyos de lágrimas para llorar la ruina de la patria? La reina de las naciones, la madre de las iglesias, está desconsolada y solitaria; ¡oh día de tribulación y de angustia! ¡día de miseria y de calamidades!» Dirigía las mismas súplicas á otros príncipes para que no dejasen á la estirpe de Agar esclavizar la Italia y destruir la religión. Carlos mandó al duque de Espoleto socorrer al papa; pero el cónsul de Nápoles, sordo á las amenazas y escomunionen, se negó á romper la alianza que habia concluido con los musulmanes. No pudo, pues, desviar Roma el peligro sino sometiéndose á un tributo anual, y vió á los barones de las cercanías aliarse á los sarracenos, con objeto de establecer su propia dominación sobre ella.

Por fortuna, habiendo roto los sarracenos de Sicilia con los de Africa, tuvieron que suspender sus expediciones después de haber ganado á Siracusa (878). Animados entonces los griegos con aquellas disensiones y la anarquía que se siguió á la muerte de Carlos, creyeron oportuno el momento para vencer tanto á los occidentales como á los musulmanes y recobrar la Italia. Su flota se enseñoreó de las costas orientales, y el navarca Nazario destruyó la de Palermo. Las ciudades del litoral de la Lucania y de la Apulia se encontraron libres de esta manera, y Reggio, Tarento, Bari, cambiaron de señores, no sin sufrir nuevos perjuicios.

Sin embargo, tanto los sicilianos como los italianos no cesaban de trabajar para espulsar á los sarracenos. Atenulfo, príncipe de Benevento y de Capua, hizo en unión de todas las ciudades de la Campania, un vigoroso esfuerzo (900) que no coronó la victoria. En fin, la única voz que pudo llamar la cristiandad á unirse para una misma empresa se dejó oír, y Juan X consiguió asociar el Oriente y el Occidente para aquel preludio de las cruzadas. Constantino Porfirogénito mandó, á las órdenes del patricio Picingli, una escuadra, á la cual se unieron las de las repúblicas italianas, al mismo tiempo que los longobardos se juntaron á las tropas griegas de desembarco. Por su parte el papa se adelantó á la cabeza de los vasallos del emperador Berenguer (916). Sitiados los sarracenos en el Garellano, se defendieron tres meses: cuando ya no les fué posible resistir, prendieron fuego á su colonia, y trataron de huir aprovechándose de la confusión; pero fueron cogidos y exterminados. De esta manera se encontró destruida la dominación de los musulmanes en Italia, lo que no les impidió reaparecer de vez en cuando. Se establecieron también (969) ya en el monte Gargano, de donde el papa Juan XIV los desalojó con ayuda del rey dalmata Sviatopolk (15); ya en Reg-

(15) PLATINA, *Vita Joh. XIII.*

gio y Cosenza, donde muchas veces tuvieron ocasión de hartarse de sangre italiana, llamados en las fatricidas discordias.

Mientras que la flota de los pisanos reducía en Reggio á los sarracenos de la Calabria, Benito VIII, mejor guerrero que papa, reunía todos los obispos y vizcondes de las iglesias y marchaba contra los que se habian acantonado en Luni (1016). Tres días duró la batalla, y al cuarto los infieles fueron derrotados. Se encontró en el botín una diadema que valía mil libras de oro, la que regaló el papa á Enrique II; y entre los prisioneros, la mujer del jefe sarraceno, á quien se dió muerte. Irritado su marido envió al papa un saco de castañas, como símbolo del ejército con el cual no tardaría en volver; el papa le remitió otro de maíz para indicar con cuantos guerreros se proponía rechazarle.

Pisa.—En efecto, á sugestión suya las escuadras de Pisa y Génova abordaron á Cerdeña, y favorecidos por la población cristiana, arrojaron á los sarracenos que Museto (Mugheid el-Ameri), rey moro, habia allí establecido. Pero como volvían de Africa todas las primaveras, sorprendieron y saquearon á Génova, se apoderaron de Tarento, y después llegaron hasta las murallas de Salerno; entonces los cristianos, para acabar, emprendieron una expedición al Africa, se hicieron dueños de Bona, amenazaron á Cartago y Museto se vió obligado á pedir la paz. Pocos años después, habiendo pedido auxilio á los moros de España, el indómito anciano volvió á emprender la guerra, y degolladas las guarniciones pisanas, se apoderó de toda la Cerdeña excepto de Cagliari. Mientras que los pisanos habian ido á pelear con los sarracenos en Calabria, Museto sorprendió su ciudad durante la noche, y la hubiera ganado si una mujer nombrada Cinzica de Sismondi, llamando al pueblo á las armas, no le hubiera puesto en disposición de rechazar al enemigo (16). Entonces los nobles de Pisa se prepararon al último esfuerzo, y ayudados por Génova, por los Malespina, marqueses de Lunigiano, y por el conde Centilio de Mutica en España, equiparon una escuadra, que venció á los sarracenos y llevó prisionero á Museto (1050), y la Cerdeña fué dividida entre los vencedores.

Volvieron de nuevo los pisanos á Sicilia en 1063, y habiendo entrado en el puerto de Palermo, incendiaron cinco buques de transporte, de seis que encontraron, y llevaron consigo el que tenia más rico cargamento. Con el producto de esta presa, fué con la que empezaron á construir su catedral (17). Renunciaron los sarracenos á dominar

(16) Este hecho, si es cierto, dió nacimiento á la fiesta del Puente, batalla que se daba sobre el puente Arno, y que de figurada que era en la intención se volvía á veces realidad.

(17) Esta expedición de los pisanos y las demás referidas anteriormente, están sacadas de las inscripciones de su catedral.

la Italia; pero después un emperador cristiano, Federico II, los introdujo allí para oponerlos al papa, su enemigo y defensor de la libertad.

La Córcega tiene aun en sus armas un moro con los ojos vendados, en señal de la antigua dominación; y la tradición quiere que un romano, llamado Colonna, la conquistase de los sarracenos, para hacerse de ella un reino.

En Sicilia, la flota que habia enviado Constantino Porfirogénito, fué derrotada después de algunas ventajas; entonces los sarracenos, para vengarse en cierta manera de las esperanzas que ella habia hecho concebir á los cristianos, condujeron de la isla al Africa treinta de los habitantes de más valía, é hicieron circuncidar á quince mil niños con el hijo del emir. Nicéforo Focas trató de recobrar la Sicilia (965); y Manuel, su primo, tomó á Siracusa, Himera, Taormina, Lentina; tanto, que los enemigos se refugiaban en las montañas, cuando Manuel se atrevió á aventurarse en los desfiladeros, donde fué vencido, hecho prisionero y muerto. El emir Abul-Casan volvió á tomar las ciudades conquistadas, y arrasó hasta los cimientos la generosa Taormina. No por eso dejaron los sicilianos de continuar haciendo frente á los extranjeros, de quienes mataron hasta al emir en una batalla (968). Pero las enemistades de los sarracenos entre sí, la conducta equivocada de los griegos, alternativamente aliados y enemigos de unos y otros, prolongaron las miserias de la isla, incapaz de rechazar con ayuda de sus propios recursos, á un enemigo que á semejanza de Anteo, sacaba siempre nuevas fuerzas de la Libia, su madre.

Gobierno árabe en Sicilia.—Habíanse retirado los gobernadores griegos al continente de la Italia, trasladando allí el nombre de Sicilia, de donde procede el de las *Dos Sicilias*. Amenudo salían los sarracenos de Palermo y de las demás fortalezas para devastar las campiñas, talar las mieses, y llevarse esclavos á los naturales, y cuando se les rendía una ciudad, la obligaban á abrazar la fe de Mahoma ó á pagar un tributo. Pasado el primer ímpetu de la conquista, se contentaban con esto último: cuéntase, en efecto, que los árabes dejaron á las ciudades que se rindieron, sus antiguas instituciones, y que tomaban el consejo de los obispos acerca de las leyes que debían establecerse (18). Es lo cierto que los estraticotes ó duques conservaron la jurisdicción criminal hasta el tiempo de los suevos. Un emir mandaba en toda la isla: un alcalde, dependiente suyo, en cada ciudad ó distrito, y los cadis administraban allí justicia; despotismo fraccionado, y por la misma razón más opresivo.

Es probable que las constituciones dadas á este reino, se estendieron también á los demás países sometidos á los Fatimitas: sería, pues, importante-

(18) FR. TESTA, *Diss. de ortu et progressu juris siculi*. ALFONSO AIROLDI, *Cod. diplom. de la Sicilia bajo el gobierno de los árabes*, t. I, parte 1.ª, pág. 384, nota.

simos encontrarlas. Las que publicó el abate Vella, como hechas en el año 216 de la Egira, de acuerdo con los más ilustrados entre los vencidos, fueron en un principio coleccionadas como auténticas por los eruditos, y Canciani las insertó en su *Colección* de las leyes de los bárbaros; pero después se conoció que era falso este documento. Reducidos por lo tanto á una estremada escasez de noticias, diremos que la isla, que desde los cartagineses habia formado dos provincias, la siracusana y la panormitana, fué á la sazón dividida en tres valles, conteniendo cada uno de ellos varios distritos. Consistían las rentas de la república en un tributo pagado por los poseedores de las tierras, á quienes los vencedores sometieron á una contribución llamada *getia*, aboliendo la que los romanos habian establecido sobre los animales que servían para las labores del campo. No fueron reservadas como dominio público las tierras quitadas á los griegos, sino divididas entre los soldados de más mérito, tocando la mayor parte á los inválidos, á los gobernadores y á los tres capitanes de las provincias. Estas posesiones, á diferencia de los feudos, podían ser enagenadas con ciertas formalidades, y mediante el consentimiento del señor principal.

La propiedad, las sucesiones, y en general el estado civil, se encontraron de manera que los normandos tuvieron que introducir muy pocas alteraciones. Desapareció con los antiguos dueños del territorio la servidumbre de los colonos al estilo romano. De aquí resultó que el trabajo de los brazos libres borró la huella de la holgazanería griega. Fueron desmontados muchos terrenos: el algodón, el moral, el papiro, la caña de azúcar (19), el Fresno que produce el maná, el alfonsigo, fueron introducidos y cultivados en los demás. Levantáronse edificios, enriquecidos con mármoles y mosaicos; y todavía en la actualidad señala la tradición los espaciosos jardines del emir con sus viveros de mármol (*Mar morto*). De esta suerte, los Aglabitas, y después los Obeiditas, se aprovechaban de la paz que continuó allí por largo tiempo, no teniendo los emperadores de Oriente ni los Estados de Italia suficientes fuerzas para alterarla.

Pero vanamente enriquecían los árabes aquel país con los frutos del Africa y del Asia, y levantaban agua por medio de canales subterráneos (*jarras*) para proveer á las habitaciones y

(19) La caña de azúcar prosperaba admirablemente en Sicilia. En 1419 la Universidad de Palermo hacia una concesión de agua para su cultivo: en 1449 Pedro Speciale las plantó en las cercanías de Ficarazzi: en 1650 un viajero describió como muy activos los trapiches de azúcar. Había los principalmente en Carini, Trabia, Buonfornello, Roccella, Pietro di Roma, Malvicini, Olivieri, Casalnuovo, Schiso, Casalbianco, Verdura, Sabuci, Mónica. Federico II obligó á los judíos procedentes de Garbo, á cultivar cerca de Palermo el añil y otras plantas exóticas.

regar los jardines. Sicilia hacia memoria de haber sido cristiana é italiana, y no se podia resignar á una dominacion que ofendia al orgullo nacional y á la independencia doméstica. De consiguiente, los sarracenos se veian obligados á construir para su seguridad numerosas fortificaciones, designadas todavia con el nombre de *cala* ó de *calata*. Cambiáronse en ciudadelas los monumentos de la antigua grandeza del pais, y abrigados en los templos de Selinunte, en el teatro de Taormina, los bandidos de Africa acosaban á los patriotas sicilianos, y se lanzaban á robar las mujeres y los niños para que sirviesen de adorno ó de custodia de los serrallos. Los califas conocieron pronto que era imposible tener sujeta aquella rica isla; por lo cual Almanzor, fatimita, la dió en 947 á modo de feudo, á Asan Ebn-Alí, cuya dinastía, denominada de los Kelbitas, promovió en alto grado la prosperidad de Palermo.

En breve allí, como en otros puntos, los chaiques y jefes de familia adquirieron poder con perjuicio de la autoridad del emir, y el pais se encontró di-

vidido en un gran número de pequeños señoríos, hostilizándose unos á otros. Ebn-el-Tamun, que dominaba á Siracusa y Catania, se habia casado con Maimuna, hermana de Alí-ben Naamh, señor de Enna y de Girgenti. Cierta dia que se habia embriagado, mandó que se le abrieran las venas, si bien luego que sanó con gran trabajo, huyó hacia donde estaba su hermano, quien derrotó y desposeyó á su cuñado. Ebn-el-Thamun se refugió cerca del normando Rogerio, cuya bravura se hacia cada vez más célebre en la Calabria, y le escitó á tentar la conquista de la isla (1061). Prestóle agradable oído el aventurero normando, y aunque los sarracenos recibieron algunos socorros de Africa, supo dominarlos su valor infatigable. Siracusa fué tomada en 1088; tres años después cayeron en su poder Enna y Girgenti: abandonaron el pais muchos ricos musulmanes; y los que allí se quedaron, conservaron sus bienes y el ejercicio de su culto, aunque fueron privados de ciertos derechos, como de tener tiendas, molinos, hornos y baños públicos.

## CAPÍTULO IV

NORMANDOS

ISLANDIA.—EDDA.—SAGAS (1).

Los pueblos que se trasladaron al territorio del imperio romano tomaron el nombre de germanos y de francos, del que vino de Asia á ocupar el Norte de Europa, y que se ha designado con el título comun de teutones ó dacios (*Deutsch*), mientras que se llamó hombres del Norte (*Nordmann*) á los que ocuparon la península escandinava é islas adyacentes. Se ignora qué naciones habitaron allí antes, como acontece con todo lo concerniente á los pueblos primitivos; solo se sabe que la península danesa fué denominada Quersoneso cimbrico por aquellos cimbricos que recorrieron

primeramente la Europa, y luego se fijaron en la Galia belga y en la isla Británica, donde todavia subsiste su raza en la Cambria ó pais de Gales (1). Quizá el resto de la Escandinavia estaria habitado por fineses (*Fotnos*) que serian posteriormente lanzados á la Finlandia y la Laponia.

**Escandinavia.**—La Escandinavia, llamada así de la Escania, parte la más meridional de la Suecia, única que conocieron los romanos, forma una vasta península, unida al Nordeste con la Finlandia, dividida en su longitud por una cordillera de montañas, y cuyas costas son bañadas por el mar Glacial, por el Báltico y por el del Norte. Abrese al Mediodia como para abarcar la otra península opuesta, habitada primero por los cimbricos, luego por los jutos, y que se junta por el Sleswig al Holstein y al Lauemburgo, antiguas residencias de los anglos que la unen á la Germania. Golfos y cabos cortan las costas, que rodean una infinidad de islas, entre las cuales las hay bastante estensas, como Seeland, Laaland y la Fionia. Estas, en union de la Jutlandia, forman actualmente la Dinamarca, á la par que la península compone los dos reinos de Suecia y de Noruega.

En la parte más inmediata al polo, permanece el sol en el horizonte durante el verano muchas semanas y debajo en el invierno. En lo restante del año alternan escenas magnificas de nieves y de hielos que resplandecen y se coloran por las auroras boreales, con las pompas de una vegetacion vigorosa, que desarrolla con rapidez suma el corto y abrasador estío.

**Odin.**—Se supone que Odin condujo al Báltico á los germanos que formaron allí los pueblos conocidos despues bajo el nombre de noruegos, de sue-

(1) Véanse: *Crónicas anglo-normandas. Coleccion de extractos y de escritos relativos á la historia de Normandia y de Inglaterra, durante los siglos XI y XII, publicada por la primera vez con arreglo á los manuscritos de Londres, de Cambridge, de Douai, de Bruselas y de Paris*, por FRANCISCO MICHEL. Ruan, 1836.

DEPPING, *Hist. de las expediciones de los normandos.*  
MALLET, *Introduccion á la historia de Dinamarca.*  
CH. COQUEREL, *Resumen de la historia de Suecia*, segunda edicion, 1825.

LICQUET, *Historia de Normandia*. Ruan, 1835.  
GRABERG DE HEMSOE, *Ensayo sobre los Escaldas.*  
RHUS, *El Edda*. En la introduccion hace una exposicion de las costumbres de la Noruega y de la Islandia.

HEIBERF, *Mitologia del Norte, segun el Edda y las poesias de Oelenschlager*. Copenhagen.  
*Edda Rhytmica, seu antiquior, vulgo samundina dicta.* Copenhagen, 1827.

EDELESTAND DU MERIL, *Prolegómenos á la historia de la poesia escandinava*. Paris, 1839.

BERGMANN, *Poemas islandeses*. Traduccion de la Voluspa del Wafthrudnismal y del Lokasenna. Todo el Edda ha sido traducido al francés por la señorita Du Puget en la Biblioteca extranjera. Paris, 1839, 1840.

X. MARMIER, *Historia de la literatura en Dinamarca y en Suecia*, 1840.

(2) Véase e pág. 139.